

El Centenario tercero de la muerte del Venerable Prelado Hispalense, Don Pedro Vaca de Castro.

Conferencia leída por su autor en la Real Academia Sevillana de Buenas
Letras, en la sesión ordinaria del viernes 21 de Diciembre de 1923.

El miércoles 20 de Diciembre del año de gracia de 1623, hace precisamente tres siglos en esta fecha, «dos veces laureados por la virginidad y por la paciencia,» como reza en su laude sepulcral, voló a los cielos desde esta nuestra amada ciudad de Sevilla, el famoso Arzobispo que regía sus destinos, D. Pedro Vaca de Castro y Quiñones.

Al recordar esta fecha, vínome a las mientes el artículo primero de nuestros Estatutos, que señalando el fin de nuestra Academia declara: «que además de cultivar la literatura, debe ilustrar la historia de Sevilla»; por ello estimo no fuera de lugar traer ante vosotros este nombre glorioso, no para decir de tan ilustre Prelado cosa nueva, que ya más doctas plumas tegieron su alto elogio, sino para refrescar su memoria y suplir con estas alabanzas el olvido de la Ciudad para con tan preclaro Varón.

La antigua villa de Roa, en el Obispado de Osma, fué en 14 de Mayo de 1534, patria de nuestro Don Pedro; ni están conformes sus biógrafos en señalar los apellidos de su padre, pues mientras unos, la inmensa mayoría, le llaman D. Cristóbal Vaca de Castro, otros muy autorizados afirman que por descuido muy común en la época alteró el orden de los mismos, debiendo llamarse Castro y Cabeza de Vaca.

Sea como fuere, tuvo nuestro Arzobispo nobilísima prosapia, pues desempeñó su progenitor los cargos de Comendador Mayor de Palomares, en la Orden de Santiago, y el gobierno y capitania general del Perú, heredando de sus antepasados el señorío de Siete Iglesias, mientras que su madre D.^a Magdalena de Quiñones descendía de los claros condes de Luna; y fué educado como convenia al que, andando el tiempo, había de ilustrar los timbres de sus mayores, **con nuevos resplandores y más perenne brillo.**

Dejóle el Señor para que formase su carácter a un insigne maestro, el V. Padre Pedro Lefevre, Fabro, como lo conocemos en España, uno de los primeros siete compañeros del patriarca de Loyola, y el primer sacerdote de la Compañía de Jesús, que en la memorable madrugada del 15 de Agosto de 1534, en la escondida capilla de Mons Martyrum, (Montmartre) de París, al celebrar el Santo Sacrificio recibió y emitió aquel voto y promesa con que quedaba asentado el futuro edificio de la Compañía de Jesús para contrarrestar los efectos funestos de la Reforma, sobre Inigo de Loyola y sus **denodados compañeros.**

El gran Fabro, debedador del Protestantismo en Alemania, todo un carácter, como hoy se dice, supo hacer de su discípulo, Pedro como él, un hombre decidido y animoso, como se mostró más tarde en difíciles ocasiones, siempre resueltas por el temple de su **magnánimo corazón.**

Del mismo Padre Fabro recibió el adolescente aquel incendio de amor a María, en el misterio soberano de su Concepción sin mancha, que es la nota característica de su vida, ya que la nueva milicia del herido en Pamplona y trocado en Loyola, San Ignacio, se esforzó desde su cuna en proclamar y defender en la Madre de Dios este privilegio singularísimo que su Divino Hijo quiso concederle por una **preventiva y más misericordiosa redención.**

Valladolid y Salamanca fueron testigos de los progresos que en las Humanidades primero y en Filosofía, Teología y Cánones, hizo más tarde el joven estudiante, que habiendo recibido el grado de Licenciado en esta última Universidad, consagró su vida al minis-

terio eclesiástico, recibiendo el orden sacerdotal en el año de 1561, cuando contaba 27 de su edad.

Apenas puso D. Pedro su planta en el santuario, cuando se le buscaba para confiar a su cuidado difíciles empeños, primero la Visita de la Capilla y Hospitales Reales de Granada, después en 1578, la presidencia de la Chancillería de la misma Ciudad, y más tarde la de Valladolid; fué D. Pedro en estos cargos luz colocada sobre eminente candelero, pues aunque su amor a la vida retirada y cenobítica le llevaba a esconder sus gracias y talentos, la fama de sus obras llegó al Monarca Español que lo presentó sucesivamente para las mitras de Tarragona y Calahorra, sin obtener la aceptación del que, en su humildad, juzgábase indigno de ascender a grado tan excelso.

Propuesto nuevamente para la silla Granadina, y vencida su resistencia por el expreso mandato Pontificio, en 1589 fué consagrado Arzobispo de aquella ciudad, que conservando de tan claro Varón recuerdos imborrables, celebra en esta fecha su feliz tránsito.

Padre de los pobres, alivio de los huérfanos, socorro de los dolidos e indigentes, ya antes de desposarse con la iglesia de Granada había fundado en aquella Ciudad tantas y tales obras de misericordia y caridad, que su solo recuerdo forma la más espléndida ejecutoria de perennal grandeza; hable por todas el Hospicio instalado en el miserabilísimo barrio del Albaicín, en la llamada «Casa de Moriscos», en la que al mismo tiempo que formaba el corazón de centenares de niños pobrecitos, disponiéndolos para ser hombres capaces en la república, con prudentes y celosas industrias preservaba a los mayores del funesto contagio de los vicios, harto frecuentes entre aquella miserable turba, que aunque en público profesaba nuestra salvadora Religión, estaba por desgracia, muy apegada en secreto, a sus erróneas antiguas creencias.

Apóstol de los Moriscos del Albaicín, la Ciudad entera gozóse en su aceptación, cuando el Romano Pontífice, secundando los deseos del gran Felipe II puso sobre sus hombros el palio arzobispal de la Iglesia que fundara San Cecilio; y muy pronto conoció que el Señor llevó a D. Pedro a Granada «para alguna grande cosa», como profé-

ticamente dijera de sí este ilustre Varón, cuando forzado aceptó, después de haber intentado exonerarse escribiendo al Conde de Barajas, presidente del Consejo de Castilla.

Grandes cosas, en verdad, hizo en Granada; restauró en medio del pueblo las costumbres cristianas, harto estragadas en sus días, dice un biógrafo; y su ejemplo y sus palabras fervorosos hicieron una nueva Ciudad, de aquella de los floridos cármenes; su nombre bendecido junto está hoy a las más famosas obras de cristiana piedad en la antigua corta Nazarita: fundación suya es el colegio de «Niñas Nobles», y el reformatorio de Santa María Egipciaca, vulgo las Recogidas, en donde se levantan del cieno muchachas desgraciadas y otras no pocas, se preservan de sucumbir en tan horrible suerte: empleó sus riquezas en restaurar los templos granadinos, en promover el culto y la memoria de aquellos dos famosos Mártires de la Alhambra: «San Pedro de Dueñas» y «San Juan de Cetina»; pero su obra maestra, entre las muchas laudabilísimas que allí emprendiera, en la fundación de la insigne Abadía del Sacro Monte, sobre el lugar supuesto del martirio de San Cecilio y de sus compañeros, tan conocida y celebrada en todo el mundo, plantel de sabios maestros, fecundo vivero de varones ilustres.

Enriquecido Granada con el tesoro de sus ejemplos y enseñanzas, plugo a Nuestro Señor enriquecer con él a Sevilla y así dispuso en 1610 trasladarlo a esta Ciudad; forzoso fué vencer su repugnancia; escribió al Rey y al Pontífice; a este último, a la sazón Clemente VIII, le decía: «que se hallaba incapaz para ello, y que le causaba escrúpulo el dejar a su primera querida Iglesia»; no fueron parte estas razones para estorbar los altos designios que movían a la Providencia; recibió el Sagrado Palio de San Leandro y de San Isidoro en Antequera el 28 de Agosto del año antes citado, fiesta de San Agustín, y habiendo tomado posesión por poderes, de la Hispalense Iglesia, entró a regirla el 8 de Diciembre, víspera de la Concepción Inmaculada, demostrando su amor al Misterio soberano, y presagiando el grande impulso que a la causa concepcionista había de prestar su voluntad constante, su fervor, y su admirable prudencia

Como lo hiciera en Granada, uno de los primeros cuidados del celoso D. Pedro en Sevilla, fué la educación del clero; y aprovechando las recientes prescripciones sobre esta materia, fundó un Seminario clerical, «ad normam Tridentini», en calle de Abades no lejos de su Palacio; consta que estaba instalado en 29 de Marzo de 1614 y que en él dotaba el Prelado *sesenta becas*; honor y gloria, es por tanto, de nuestra amadísima Universidad Pontificia, el reconocer a través de las vicisitudes por que há atravesado, como a su legítimo fundador, después de las normas sapientísimas de Trento, a D. Pedro Vaca de Castro, así como originariamente nace en las celeberrimas Escuelas Isidorianas, y en nuestros días el Venerable y nunca bien llorado Cardenal Spínola lo elevó al rango supremo entre los colegios eclesiásticos.

Grande gloria es esta, ciertamente, para nuestra Arzobispo; pero lo que más realza su figura, lo que hace su nombre perdurable entre los Sevillanos geminos, es la parte principalísima que tomó en el sin par movimiento concepcionista de esta Ciudad en el siglo XVII.

No es posible, en esta sencilla monografía, compendiar la labor maravillosa del Prelado; sólo los rasgos más salientes, trazarán un esbozo de aquel corazón enamorado de la limpieza original de **María Santísima**.

Corría el año del Señor de 1613; contagiado de doctrinas y opiniones venidas de allende el Pirineo, un religioso dominico, del Convento Sevillano de Regina Angelorum, y olvidando las enseñanzas gloriosas de sus hermanos de religión San Vicente Ferrer, San Raimundo de Peñafort y San Luis Beltrán, entre nosotros, se atrevió en un sermón predicado en su Iglesia el 8 de Septiembre, a emitir sentencias contrarias a la universal creencia entre los Sevillanos, impugnando la Concepción sin mancha de la Virgen.

Tocar a María Inmaculada era tocar a Sevilla en la niña de sus ojos, y como un solo hombre levantóse la Ciudad a protestar de tamaña ofensa, a desagaviar a la Reina sin mancilla, a hacer pública profesión de su creencia piadosa y a pedir y suplicar a los Roma-

nos Pontífices la definición dogmática del Misterio, amor de los amores de este Pueblo.

¡Glorioso movimiento el de Sevilla en esta época! ¡Demostración magnífica del amor de la Ciudad a la Virgen, nó igualada y mucho menos superada, por ningún otro pueblo de la tierra!

Alma de tan glorioso movimiento fué el Arzobispo, que educado por el Padre Fabro en este amor Concepcionista, al venir a Sevilla y encontrarlo tan vivo en tantos corazones, *hecho forma de su greg, factus forma gregis*, con acierto insuperable supo encauzar y dirigir aquellas fuerzas, hasta obtener resultados admirables para *la piadosa creencia*.

Para evitar el gran escándalo que causaba en el piadoso pueblo Sevillano las opiniones contrarias a esta general creencia, dispuso y preparó nuestro Preiado una atinada *Información jurídica*: encargando a su Provisor que lo era entonces el famoso D. Gonzalo de Ocampo, más tarde Arzobispo de Lima, el que vigilase atentamente acerca de los escritos y sermones tocantes al Misterio.

El es el que después de consultar con el esclarecido Padre Juan de Pineda, el más fervoroso entre los teólogos concepcionistas, que por ello hemos colocado su figura en nuestro monumento del Triunfo al pie de la Señora, él es repito, el que autoriza aquel nunca hasta entonces oído *Voto Sanguíneo* de los Nazarenos Concepcionistas, propuesto por el insigne Tomás Pérez, en 29 de Septiembre de 1615, fiesta de San Miguel, que grita: «¿Quién como Dios?», voz imitada por los Nazarenos en su bendita y blanca bandera, esmaltada con las letras azules de su divisa gloriosa: «¿Quién como María, Madre de Dios, concebida sin pecado?»

Y así como le tocan las primicias de este glorioso juramento, el primero en Sevilla, también es gloria de este Arzobispo el autorizar el segundo, de los Sacerdotes de la Víncula, primero de los celebrados *inter Missarum solemnía*, en 11 de Junio de 1616 a propuesta del fervoroso presbítero Juan Gómez Vallejo.

Gloria suya es también el proponer al Cabildo Eclesiástico la obligación del «Voto y Juramento» en favor de la piadosa creencia;

ambos Cabildos hicieron suya la solicitud del fervoroso Arzobispo: y en aquella memorable mañana del 8 de Diciembre de 1617, en sus manos dos veces consagradas, recibía con indecible gozo de su espíritu, la fórmula del juramento con que ambas Corporaciones, llevando la voz de la Ciudad, se obligaban y consagraban más y más por el amor a la Virgen sin mancha.

No le detuvieron sus muchos años para que celebrase de Pontifical en esta fiesta memorable; ellos, por el contrario, fogueados por el amor, lo llevaron a tomar parte en la solemnísimá procesión de 23 de Enero de 1615, en la que, a la cabeza de todo el pueblo, capitaneado por el inmortal Arcediano Vázquez de Leca, por Bernardo del Toro y por otros paladines de la causa, cantaba la estrofa del poeta consagrado Miguel Cid:

«Todo el mundo, en general

A voces, Reina escogida,

Diga que sois concebida

Sin pecado original.»

El celo fervoroso de nuestro D. Pedro llevó a Roma a Bernardo del Toro y a Vázquez de Leca; él procura para los embajadores cartas del Rey para el Pontífice; él se ofrece a marchar, descuidando sus años y dolores, a interesar al Pontífice en la causa de la Virgen; son sus cartas las que mueven a Paulo V a imponer silencio a los contrarios; y cuando en la media noche del 22 de Octubre de 1616 llega a Sevilla la feliz nueva de esta decisión Pontificia, el Arzobispo alborozado salta del lecho, ilumina su Palacio, recibe a sus hijos dándoles el parabién por el triunfo, olvidándose el santo anciano de sus ochenta y dos años, ante el gozo que inunda a la Ciudad en la exaltación de la Virgen Inmaculada.

No hubo en aquellos días procesión, ni certamen, fiesta ni regocijos en honra del Misterio en que la parte principal no tocase a aquel incansable Prelado, que para poner en cifra los amores de su pecho, hizo grabar en todos los aposentos de su Palacio Sevillano esta divisa: «*Mariae non tetegit peccatum primi hominis*»; «A María no tocó el pecado primero».

Conociendo D. Pedro la llegada de su fin, pensó y pidió al Rey y al Pontífice dejar el gobierno de esta Diócesis y esperar en el retiro del Sacro Monte su hora postrera; mas aquietóse al conocer la voluntad de sus Superiores, que querían dejar para edificación de Sevilla los días finales del Venerable Arzobispo; dió en ellos cuanto tenía a los pobres, por mano de su Mayordomo, y con preparación devotísima pasó, como dijimos al principio a mejor vida, dejando embalsamada la ciudad con el perfume de sus virtudes.

Sus despojos, llevados según su voluntad al Sacro Monte, reposan desde 1626 en honorífico sepulcro, muy venerado por el pueblo granadino.

Tejieron, entre otros, los elogios de este insigne Prelado, Bermúdez de Pedraza, Heredia Barnuevo, y Alonso Morgado.

Con este sencillísimo relato de los hechos gloriosos del famoso Arzobispo, deparado por Dios a Sevilla, para que encauzara y acreciera el movimiento Concepcionista en el siglo XVII, hemos querido pagar a su memoria parte del tributo de gratitud que se le debe por lo que supo y quiso honrarla, mereciendo que su nombre figure con justicia en las cartelas del Monumento a la Inmaculada, como paladin denodado del Misterio dulcísimo.

JOSÉ SEBASTIÁN Y BANDARÁN, Pbro.

